

# FOREIGN AFFAIRS

LATINOAMÉRICA

VOLUMEN 18 • NÚMERO 1

ENERO-MARZO 2018

## Las relaciones de Venezuela con Estados Unidos en la era de Trump

---

Cita recomendada:

Colmenares, Alexis, (2018) "Las relaciones de Venezuela con Estados Unidos en la era de Trump", *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 18: Núm. 1, pp. 17-24. Disponible en: [www.fal.itam.mx](http://www.fal.itam.mx)

---

# Las relaciones de Venezuela con Estados Unidos en la era de Trump

---

Mucho ruido, las mismas nueces

---

✎ *Alexis Colmenares*

**D**esde la llegada de la Revolución bolivariana al poder en Venezuela en 1998, primero con Hugo Chávez y luego con su sucesor político Nicolás Maduro, las complejas relaciones bilaterales entre Caracas y Washington se han caracterizado por periodos de tirantez y distensión. La política exterior venezolana hacia Estados Unidos ha girado en torno a una “diplomacia de micrófono” altisonante, conducida según los ánimos del jefe del Estado venezolano. Es célebre la frase “aquí todavía huele a azufre”, expresada por Chávez en la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 2006 para referirse al presidente George W. Bush.

Sin embargo, los desaciertos en materia de política exterior no han sido unilaterales. Es ilustrativa la posición adoptada por el Departamento de Estado estadounidense al apoyar el cuartelazo contra Chávez de abril de 2002 y considerar que la agitación política en Venezuela era un castigo o un destino que se merecía el mandatario venezolano, mientras la mayoría de los países de Latinoamérica condenaba el rompimiento del hilo constitucional. A la sazón, el gobierno chavista redobló sus denuncias de una supuesta política injerencista e imperialista de Estados Unidos, al que acusaba de querer acabar con la Revolución bolivariana.

## PROLEGÓMENOS DE UNA RELACIÓN TORMENTOSA

Desde 2010, Caracas y Washington no tienen embajadores, de modo que las relaciones están en manos de encargados de negocios. Esta situación se produjo cuando el

---

**ALEXIS COLMENARES** es licenciado en Estudios Internacionales y Especialista en Derecho y Política Internacionales por la Universidad Central de Venezuela, maestro en Relaciones Internacionales y Diplomacia por el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador y doctorando en Estudios Internacionales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), Ecuador. Es profesor e investigador en Flacso, Ecuador. Sígallo en Twitter en @axecol.

gobierno de Barack Obama le revocó la visa al Embajador venezolano en Estados Unidos, Bernardo Álvarez, como represalia porque el gobierno de Chávez se negó a aceptar a Larry Palmer como embajador designado. No se trata de una ruptura, pero en el lenguaje diplomático se entiende como el reconocimiento del deterioro de las relaciones bilaterales.

Por otro lado, al año siguiente de las protestas sociales ocurridas en Venezuela en 2014 en contra del gobierno de Maduro, Obama impuso sanciones a altos funcionarios venezolanos acusados de corrupción y de violar los derechos humanos. Washington calificó a Venezuela como una “amenaza inusual y extraordinaria” para la seguridad nacional de Estados Unidos, causada por su crisis política y económica. Este escenario espinoso en la era posterior a Chávez fue el que heredó Donald Trump al ser elegido como nuevo residente de la Casa Blanca en noviembre de 2016.

No fueron pocos los analistas que encontraron coincidencias personales y simbólicas entre Chávez y Trump: el liderazgo político, la imagen mediática, el populismo, el machismo y el estilo retórico al dirigirse a las masas. La personalidad egocéntrica y la historia apolítica de ambos han despertado lo mismo sentimientos de simpatía que de repulsión. Al igual que Chávez, Trump basa su liderazgo carismático en un discurso de defensa de los olvidados por las estructuras políticas y económicas de su país. Además, una estrategia mediática en clave populista que ha caracterizado a ambos gobiernos ha sido el ataque constante a los medios de comunicación cuando no comulgan con sus ideas. Si se tienen en cuenta estas circunstancias, es probable que los asesores del discípulo político de Chávez (y de los Castro) hayan visto una oportunidad estratégica para intentar modificar el contexto de las desavenencias entre Caracas y Washington por medio de un acercamiento al millonario neoyorquino.

## **MADURO Y EL PRESIDENTE ELECTO**

Desde su llegada al poder en 2013, Maduro ha querido imitar el tono radical y antiestadounidense de los discursos del difunto Chávez. Son arengas con un tono muy distinto de las que pronunciaba cuando era Canciller. Sin embargo, luego de la victoria de Trump comenzó a evidenciarse un cambio de rumbo en el discurso del jefe del gobierno venezolano. Aquellas proclamas incendiarias en las que Maduro acusaba al país del norte de ser una potencia imperial y querer aplastar los movimientos progresistas de Latinoamérica y el mundo, cambiaron por un discurso más conciliador y favorable.

En enero de 2017, en un discurso ante sus seguidores, Maduro comparó a Obama y a Trump, y dijo que había que darle a este último una oportunidad, pues, en todo caso, “peor que Obama no será”, con lo que dejó entrever que las relaciones bilaterales podrían mejorar ya sin la aversión correspondida que sentía por Obama. Además, el Presidente venezolano aprovechó la ocasión para elogiar a Trump y acusar a los medios de comunicación internacionales de tener una “campaña de odio” en su contra. Maduro quiso tender la mano a su homólogo estadounidense declarando que haría “todo lo que esté a [su] alcance para que [el nuevo gobierno de] Estados Unidos rectifique los errores y fracasos

que han sido las políticas de George W. Bush y Barack Obama”, y llamó a restablecer las relaciones de respeto, diálogo y cooperación entre los países.

En el gobierno venezolano, anticipaban las transformaciones que traería al orden internacional la llegada al poder de la mayor potencia de un presidente ajeno a la política estadounidense tradicional. Maduro anunció que se aproximaban “grandes cambios en la geopolítica mundial” y que esas transformaciones estarían marcadas por “la era de Trump”. Esta combinación de ideología y pragmatismo en el cambio de actitud en la política exterior del gobierno chavista madurista podría enmarcarse en los preceptos teóricos del llamado “realismo periférico” de Carlos Escudé. En pocas palabras, un país periférico reconoce la existencia de un sistema internacional con una jerarquía incipiente (más que un sistema anárquico) y trata de no meterse en situaciones conflictivas improductivas con las grandes potencias.

Caracas tenía sobrados motivos para empezar la relación con el pie derecho, pues necesitaba conservar los negocios petroleros con su principal socio y tratar de revertir las sanciones impuestas por Obama. Además, el nombramiento de Rex Tillerson como nuevo Secretario de Estado constituía una grave preocupación, ya que es un veterano de la industria petrolera que ha

tenido conflictos con Venezuela. En 2007, cuando Tillerson era director ejecutivo de ExxonMobil, el gobierno de Chávez decidió nacionalizar los bienes de la transnacional. También hay que considerar que Tillerson tiene vínculos estrechos con la Rusia de Vladimir Putin, un aliado militar y político del gobierno de Maduro. Las sospechadas simpatías de Trump y Tillerson por Rusia han hecho creer a ciertos funcionarios chavistas que el gobierno ruso podía servir de mediador con Estados Unidos.

Aparte de suavizar el discurso, es difícil imaginar qué otra estrategia pudo haber empleado el gobierno venezolano para mejorar las relaciones con Estados Unidos. En marzo de 2017, Maduro anunció que había la posibilidad de llegar a un acuerdo comercial con el “camarada Trump” para proveer alimentos al desabastecido país y advirtió que vendrían “sorpresas” en la relación entre los dos Estados. Junto con los comentarios benévolos sobre Trump, se filtraron a la prensa informes sobre las intenciones de empresarios estadounidenses de cabildear a favor del gobierno venezolano. Según estas filtraciones, en febrero de 2017 se celebraron en la Casa Blanca reuniones secretas de los empresarios Gentry Beach y Wadie Habboush con Michael Flynn, en ese entonces asesor de Seguridad Nacional de Trump y en la actualidad investigado por sus relaciones con Rusia, por las que tuvo que renunciar. Beach y Habboush son inversionistas del sector energético y amigos de la familia Trump. El objetivo de la reunión habría sido convencer al nuevo gobierno de levantar las sanciones que impuso Obama a funcionarios venezolanos.

A finales de 2016, salieron a la luz pública las relaciones de la familia Trump con Beach, cuando se denunció que recaudó fondos para la campaña presidencial, para lo

---

*Las complejas relaciones bilaterales entre Caracas y Washington se han caracterizado por periodos de tirantex y distensión.*

---

cual había fundado organizaciones sin fines de lucro que administraron los hermanos Eric y Donald Trump Jr. Al amparo de estas fundaciones, se solicitaban donativos a cambio de garantizar el acceso directo al nuevo Presidente electo.

Coincidencia o no, en abril de 2017 se filtró a la prensa un documento público sobre una donación de la CITGO Petroleum Corp. de 500 000 dólares, para financiar los festejos de la toma de posesión presidencial. Hay que recordar que CITGO, establecida en Houston, es la mayor filial de la empresa estatal Petróleos de Venezuela, SA (PDVSA). De acuerdo con la relación de donaciones recibidas por el comité de toma de posesión de Trump presentada a la Comisión de Elecciones Federales de Estados Unidos, CITGO hizo un desembolso parecido al de trasnacionales como Microsoft, Chevron, Intel, JP Morgan Chase y Exxon. Dado que CITGO es filial de una empresa estatal venezolana, que tiene el control total, puede suponerse que la aportación contó con el conocimiento y aprobación del gobierno venezolano. No obstante, ni las supuestas reuniones no confirmadas entre empresarios estadounidenses y funcionarios de la Casa Blanca ni las donaciones realizadas estimularon un cambio favorable en la política exterior de Estados Unidos hacia Venezuela. Si en los primeros meses hubo moderación del gobierno venezolano al referirse a Trump, la situación cambió rápidamente, por lo menos en el discurso.

## **CAMBIAN LAS CIRCUNSTANCIAS**

En menos de una semana, el gobierno venezolano sufrió dos duros golpes que torpearon su estrategia de aproximación a Trump. El primero ocurrió el 13 de febrero de 2017, cuando el gobierno estadounidense decidió imponer sanciones al vicepresidente de Venezuela Tareck El Aissami, al que acusaba de tener vínculos con el tráfico internacional de drogas. El Aissami, considerado uno de los hombres fuertes y fieles al régimen de Maduro, fue designado Vicepresidente en enero de 2017. Aproximadamente un mes después, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos lo incluyó en la lista Clinton, una lista negra de personas y empresas acusadas de narcotráfico y lavado de dinero.

El segundo acontecimiento sucedió 3 días después de las sanciones a El Aissami, cuando se reunieron altos funcionarios estadounidenses y Lilian Tintori, una reconocida opositora a Maduro y esposa de Leopoldo López, el preso político más conocido del gobierno venezolano. El 16 de febrero de 2017, Tintori logró sorpresivamente lo que no había podido hacer ninguna representación oficial venezolana de la Revolución bolivariana: fue recibida en la Casa Blanca por el vicepresidente Mike Pence, el senador Marco Rubio y por el propio presidente Trump, que con su estilo peculiar de hacer política en Twitter, anunció el encuentro en su cuenta particular. López está encarcelado desde 2015, condenado a 13 años y 9 meses por instigar protestas sociales en 2014. La reunión sirvió para que la Casa Blanca hiciera un exhorto a Maduro para que liberara de inmediato al activista preso. De esta manera, la oposición asestó un revés a la estrategia de Caracas de fomentar un acercamiento a Trump. No tardaron en aparecer las reacciones exaltadas del gobierno venezolano.

La entonces Ministra de Relaciones Exteriores, Delcy Rodríguez, dijo que la reunión era una intromisión en los asuntos internos de Venezuela, y Maduro culpó a sectores de la oposición de cabildear en Estados Unidos para influir sobre Trump para que adopte políticas más duras y sanciones más severas contra Venezuela.

## **DEL PODER BLANDO AL PODER DURO**

De acuerdo con el estudio “The Soft Power 30”, Estados Unidos, la mayor potencia del mundo, pasó de ocupar el primer lugar en 2016 al tercer lugar en 2017 en la clasificación de países con mayor poder blando. El concepto de poder blando en las Relaciones Internacionales fue propuesto por Joseph Nye *Jr.* para referirse a la capacidad que tiene un Estado de incidir en las acciones o intereses de otros actores internacionales, mediante recursos de poder no tradicionales, como la cultura, la ideología y la diplomacia. Por el contrario, el poder duro consiste en las capacidades militares y económicas de un Estado para lograr sus objetivos de política exterior, mediante el empleo de la fuerza, las presiones directas y los incentivos económicos.

Con respecto a Venezuela, el poder blando estadounidense había sido una constante en su política exterior, por lo menos en la historia democrática venezolana. Incluso con la llegada al poder de un gobierno de corte nacionalista y de izquierda, que se define como socialista, anticapitalista, antineoliberal y antihegemónico —preceptos que caracterizan su política exterior—, Estados Unidos continuó aplicando medios sutiles de poder, más que las formas coercitivas con presiones e incentivos directos (el garrote y la zanahoria, lo que supondría un ejercicio más bien realista del poder). Con todo, hay que exceptuar la imposición de sanciones a altos funcionarios públicos venezolanos durante el gobierno de Obama, que Trump ha continuado. Washington ha justificado las sanciones por la violación de los derechos humanos, la existencia de una gran corrupción, el narcotráfico y el debilitamiento de las instituciones democráticas venezolanas.

Al contrario de lo esperado, el ejercicio de la diplomacia pública sacudió los fundamentos del poder blando estadounidense. De hecho, en el mencionado informe “The Soft Power 30” se indica que una de las razones del descenso del país en la clasificación mundial está en la “retórica divisiva del presidente Trump” y en su doctrina de priorizar el nacionalismo y los intereses estadounidenses en sus relaciones internacionales: “Estados Unidos primero” y “Hagamos a Estados Unidos grande otra vez”. Estos lemas han trastornado los vínculos con sus aliados tradicionales —Alemania, Australia, Canadá, México, entre los más destacados— y han dañado aún más la imagen del país en el resto del mundo.

Este debilitamiento del poder blando estadounidense también tuvo efectos en la política hacia Venezuela. El 30 de julio de 2017, Maduro convocó ilegalmente a la elección de una Asamblea Nacional Constituyente, faltando a los requisitos establecidos en la Constitución venezolana. Un día después, el Departamento del Tesoro estadounidense impuso sanciones a Maduro, acusándolo de querer reescribir la Constitución para imponer un régimen autoritario en su país. La reacción del gobierno venezolano fue protestar y repudiar estas “medidas coercitivas unilaterales”, tildándolas de “acto no amistoso”.

Después, el 11 de agosto de 2017, Trump, acompañado de su plana mayor en asuntos exteriores, causó una sorpresa al anunciar que no descartaba una intervención militar en Venezuela para resolver su crisis política, ya que se había convertido “en un desastre peligroso”. De esta manera, Trump volvió a los preceptos del realismo y el poder duro. El Pentágono se vio obligado a salir al paso y declarar que no había recibido órdenes sobre Venezuela y que, en todo caso, cualquier insinuación de que Estados Unidos estuviera planeando una invasión era infundada.

En Venezuela, la Cancillería dijo que las declaraciones de Trump eran inamistosas y hostiles, y acusó a Estados Unidos de querer arrastrar a América Latina y el Caribe a un conflicto. El ministro de Defensa Vladimir Padrino López aseguró que “las fuerzas armadas estarán en primera fila para defender la soberanía del país”. Según fuentes

---

*Trump anunció que no descartaba una intervención militar en Venezuela, ya que se había convertido “en un desastre peligroso”.*

---

de la Casa Blanca, esa misma noche Maduro solicitó hablar por teléfono con Trump, quien respondió que no hablaría con él hasta que no se restaurara la democracia en el país. Los países latinoamericanos, incluso los aliados más cercanos al hegemon, rechazaron de inmediato una posible opción militar para devolver a Venezuela al sendero democrático. Potencias regionales como Brasil y potencias medias como Argentina, Chile, Colombia y México criticaron la idea de una intervención armada para resolver las tensiones en Venezuela, invocando el principio de

Derecho internacional de no recurrir a la fuerza ni a las amenazas para resolver los conflictos internacionales.

Son muchos los actores regionales que prefieren fortalecer los mecanismos multilaterales para tratar la situación venezolana. Sobresalen las acciones emprendidas por la Organización de los Estados Americanos (OEA), particularmente de la mano de su Secretario General, Luis Almagro, quien ha denunciado la violación de los derechos humanos y la pérdida de las condiciones democráticas en Venezuela.

En la Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA (celebrada en Washington en mayo de 2017) y en la Asamblea General del organismo hemisférico (realizada en Cancún en junio de 2017), los cancilleres de la región abordaron la crisis venezolana, con la notoria ausencia del Secretario de Estado estadounidense Tillerson, a pesar de que Estados Unidos lidera las presiones sobre el gobierno venezolano. La presencia del jefe de la diplomacia estadounidense quizás habría marcado una diferencia; sin embargo, las reuniones concluyeron sin poder consensuar un texto final.

La falta de consenso para llegar a una resolución acerca de la situación en Venezuela fue resultado de la diplomacia petrolera venezolana ejercida sobre las pequeñas islas del Caribe y de la posición asumida por sus aliados Bolivia, Ecuador y Nicaragua. Con todo, hay un grupo de actores regionales importantes que sigue insistiendo en la búsqueda de soluciones pacíficas y democráticas. El 8 de agosto de 2017, Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay y Perú

suscribieron la Declaración de Lima, en la que se condena explícitamente la violación sistemática de los derechos humanos y las libertades fundamentales en Venezuela, así como la violencia, la represión, la persecución política, el encarcelamiento de los opositores y la falta de elecciones libres con observadores internacionales independientes.

Ahora bien, a pesar de la posición ambigua de Estados Unidos, el discurso hace pensar en una escalada de los conflictos entre Caracas y Washington. La declaración de una posible opción militar del presidente Trump plantea la pregunta de cuál pudo haber sido el objetivo de esa amenaza si era previsible el rechazo de toda la región. Si la intención era combinar el poder blando y el duro como herramientas de política exterior, en una versión del poder inteligente que diera como resultado una estrategia para acelerar los cambios en Venezuela, no funcionó, sino todo lo contrario, puesto que Maduro salió más fortalecido. La izquierda regional y los movimientos progresistas se unieron a la defensa de la soberanía venezolana. El principal beneficiado de las amenazas fue el propio Presidente venezolano, que acababa de ser censurado por la comunidad internacional tras la convocatoria y la elección de los representantes de una ilegítima Asamblea Nacional Constituyente.

El gobierno de Trump ha continuado la política de imponer sanciones económicas a altos funcionarios del gobierno madurista (entre ellos, autoridades del poder ejecutivo y de los organismos electorales, magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, militares y otras importantes figuras políticas vinculadas al gobierno), curiosamente, y a diferencia de Canadá, el Departamento del Tesoro estadounidense ha omitido de su lista negra a Diosdado Cabello, del que habría sobradas razones para incluirlo, y otras personalidades, como Delcy Rodríguez, Excanciller y actual Presidenta de la Asamblea Nacional Constituyente, y Vladimir Padrino, Ministro de Defensa. Cabello fue compañero militar de Chávez, es uno de los líderes del Partido Socialista Unido de Venezuela y es considerado uno de los hombres más ricos y poderosos del país. Según medios de comunicación internacionales, actualmente es objeto de investigación en Estados Unidos por sus vínculos con el narcotráfico y es señalado como jefe del cártel de los Soles.

## **ADÓNDE VA LA RELACIÓN**

Los últimos acontecimientos en la ya maltratada relación entre Caracas y Washington han sido acciones como la inclusión de funcionarios de diversos organismos públicos venezolanos y sus familiares directos en el veto migratorio. Además, el gobierno estadounidense desconoció los resultados de las elecciones regionales del 15 de octubre de 2017 en Venezuela, en las que había aceptado participar un sector de la oposición. Asimismo, sobresale el discurso de Trump ante la Asamblea General de la ONU, en septiembre de 2017, en el que se refirió con aspereza a Corea del Norte, Cuba, Irán y a la “dictadura socialista de Venezuela”.

Actualmente, Estados Unidos tiene diversos frentes que atender, tanto en lo interno —la trama rusa y los Papeles del Paraíso—, como en lo externo —China, Corea del Norte, Irán, Rusia, Siria y el Estado Islámico—. Venezuela es otra ficha en el tablero geopolítico estadounidense; por lo tanto, lo que ocurra en las relaciones con ese país

incidirá también en la cuestión rusa y en el comercio del petróleo. Es de prever que disminuya el uso del poder blando, con el consecuente desgaste de la imagen de la superpotencia por obra de un aumento del empleo del poder duro con nuevas medidas coercitivas y presiones económicas sobre el gobierno de Maduro. En estas circunstancias, la medida más dura que podría esperarse es el embargo económico.

Estados Unidos es el principal socio comercial de Venezuela, por lo que se supondría que la aplicación de sanciones económicas tendría un profundo impacto en la maltrecha economía venezolana. Ahora bien, las sanciones económicas y las limitaciones para comerciar con ciertas empresas venezolanas no han tocado la explotación petrolífera. El argumento del gobierno de Trump es que no pretende causar perjuicios a la sociedad venezolana. Si las sanciones de Trump y su gobierno no van acompañadas de una visión a largo plazo y una respuesta multilateral, además de un compromiso más firme con las instituciones regionales y foros de concertación —además de presiones o incentivos sobre los pequeños Estados insulares del Caribe que aún apoyan a Maduro—, poco se promoverá la institucionalidad democrática de Venezuela y Maduro se fortalecerá con las fanfarronadas del volátil Trump.

En cuanto a una posible opción militar, aunque en la campaña presidencial Trump insistió en que no dudaría en utilizar la fuerza militar para defender los intereses estadounidenses en el exterior —el bombardeo de Siria fue una muestra—, puede descartarse una intervención militar directa en Venezuela, para decepción de algunos sectores de la izquierda radical que desean una reedición de la crisis de los misiles. Para el análisis de este escenario, hay que recordar la conexión con Putin y la cuestión de los hidrocarburos, de modo que es factible que Estados Unidos tenga que negociar el destino de Maduro con Rusia (y con China, el principal banquero del régimen madurista debido a sus líneas de crédito a cambio de petróleo). En todo caso, Estados Unidos debe decidir si está dispuesto a aceptar un gobierno de transición alineado con los intereses de China y Rusia.

En resumen, cabe suponer que las relaciones entre Estados Unidos y Venezuela seguirán siendo inciertas, en la medida en que sigan dependiendo de una imprevisible diplomacia de micrófono y no de una política ejercida por un servicio exterior profesionalizado. A un año de las elecciones estadounidenses, es hora de que Trump comience a darles importancia y a utilizar los mecanismos regionales y multilaterales, particularmente si el verdadero interés es ayudar al pueblo venezolano a regresar a la estabilidad democrática, ante la falta de coherencia de la oposición venezolana. Sin embargo, lo anterior es una idea romántica de las relaciones internacionales. Una visión más realista reconoce que los países, y particularmente las grandes potencias, se mueven en función de su poder y sus intereses. En la relación bilateral, los intereses nacionales de las partes parecen confundirse con intereses particulares. A Venezuela le espera un inquietante futuro. 